

Vidas y lenguas migrantes: entrevista a Esther Andradi

Esther ANDRADI
Escritora

Chiara BOLOGNESE
Università di Milano Statale

Esther Andradi, escritora argentina nacida en la provincia de Santa Fe y afincada en Berlín, retrata en sus páginas un universo nómada que ella misma habita desde sus 25 años. La autora deja su país cuando la situación político-social empezaba a anunciar con claridad la terrible época de la dictadura de Videla, y se instala en Lima, ciudad en la que comienza una segunda etapa de su proceso de formación, sumergiéndose en una realidad muy estimulante desde el punto de vista socio-cultural y político. La capital peruana será el lugar perfecto para Andradi para empezar a llevar a la práctica sus estudios de periodismo. En 1982 decide viajar a Berlín Occidental para cursar un doctorado en el prestigioso Instituto Iberoamericano y seguir investigando en sus temas de interés. A pesar de que su proyecto doctoral no se pueda cumplir, la autora queda fascinada por esta ciudad amurallada, que percibe como un espacio de la libertad aislado del resto del mundo, y decide fijar allí su residencia. Sin embargo, en 1995 regresará a su tierra, aunque no a su ciudad natal, con su marido alemán y su hija recién nacida. Se establecerán en Buenos Aires hasta el año 2003, cuando regresarán definitivamente a Berlín. Autora que abarca diferentes géneros, desde el cuento y la microficción, hasta el ensayo y la novela, se mueve en unas áreas temáticas muy amplias, vinculadas por su fuerte interés por la migración, el lenguaje, la marginalidad política y social y la extranjería.

En esta entrevista, que surge también de un interesantísimo encuentro entre la autora y los estudiantes de Mediación cultural y de Lenguas extranjeras de la Università Statale de Milán, reflexionaremos sobre su trilogía berlinesa –*Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante*, *Berlín es un cuento* y *La lengua de viaje*–, tres textos sumamente interesantes, que establecen un diálogo muy original entre Berlín y Latinoamérica y meditan sobre temas de gran actualidad.

CHIARA BOLOGNESE (CB): ¿Puedes contarnos la experiencia de tu proceso de aprendizaje en Lima? Declaras que tu formación peruana se gestó entre nuevos

alimentos y palabras, tal vez las primeras dos fronteras con las que se topa el migrante. En el encuentro con nuevos sabores y léxico, ¿cuándo prima el estupor? ¿Cuándo el rechazo? ¿Cuándo la extrañeza? ¿Cuándo la fascinación? ¿Puedes contarnos también de las diferencias entre tu primera integración en Perú, un país diferente, pero al mismo tiempo cercano, y la segunda en Berlín?

ESTHER ANDRADI (EA): No conocía a nadie en Lima ni jamás había viajado fuera del país. Mientras muchos de mi generación emigraban a Europa –España en primer lugar – yo no quería irme “lejos”, así que elegí el Perú, con la idea de quedarme tres meses y hacer una investigación sobre la “socialización de los medios de comunicación”, un proyecto que a la distancia y para una recién egresada de Ciencias de la Información, se veía como profundamente atractivo. Todo fue diferente: ni tres meses ni investigación. Tenía una imagen romántica del Perú que se hizo trizas apenas llegar y ver en pleno centro limeño que en la calle se hacía música india con queñas de plástico. O en mi primer viaje a la sierra peruana, cuando escuché la voz de la cantante pop alemana “Nena” en una máquina tragamonedas que funcionaba con un generador eléctrico. El único en varios kilómetros a la redonda. No: el mundo no era blanco o negro sino que venía en muchos matices y tocaba reaprender a interpretarlo. La comida fue un impacto poderoso: mi paladar se sorprendió por la existencia de tantos sabores diferentes a los que hasta entonces había conocido. El idioma parecía el mismo, y sin embargo, mi acento argentino me delataba apenas abrir la boca, mientras que el español de aquí estaba atravesado por el quechua, como el mejor escritor peruano, el querido José María Arguedas, me lo confirmaba en *Los ríos profundos*. Lima era una ciudad desigual. En varios artículos escribí sobre los “muros” que separaban el verde del “arenal”, los ricos de los pobres, los blancos de los negros, los negros de los chinos, y todos de los indios. La experiencia de Lima me permitió ver con otros ojos mi propio país y nuestra estructuración social. ¿Dónde estaban nuestros indios, qué había sido de sus tierras, qué de su cultura? ¿Quién era yo? ¿De dónde venía? Comencé a “traducir” la propia vida, los códigos, el lenguaje cotidiano. Pienso que el gran aprendizaje en el mundo “del otro” es el entrenamiento de la lengua en lo extraño. Y como de lenguas se trata, en Lima aprendí en vivo los matices del idioma que yo sólo conocía literariamente. En el Perú comencé a vivir del periodismo, una actividad que marca mi vida y mi escritura. Todos mis escritos “literarios” surgieron a pesar del periodismo. El oficio es el periodismo, la escritura es “el otro.”

(CB): En un encuentro en la Universidad de Milán, nos comentaste tu contacto con la cultura italiana en la época de tu primera infancia, un aspecto que no tratas con frecuencia en tu literatura, pero que me parece sumamente importante para tu posterior formación. ¿Nos puedes decir algo más sobre esto?

(EA): Mi ensayo “La cocina de la escritura” en mi libro *La lengua de viaje* está dedicado justamente a ese mundo de mi infancia en el pequeño pueblo donde el centro de la vida social y cultural era la Sociedad Italiana. Así, con mayúsculas. Los numerosos

inmigrantes italianos que arribaron a fines del siglo XIX y principios del XX a la región donde nací, en la provincia de Santa Fe, se agruparon en sociedades de Socorros Mutuos. Y lo primero que se proponían, además de generar ayudas por nacimientos, enfermedad o muerte, era construir un edificio. El edificio de la Sociedad Italiana es probablemente lo más sólido, social y culturalmente importante en la vida de esos lugares. En el salón de la Sociedad Italiana de mi pueblo se proyectaban dos películas todos los domingos, se realizaban los bailes y festejos patronales, allí llegaban las compañías de radioteatro, y era también la parada de ómnibus de larga distancia. Mi padre estaba a cargo del Bar y Confitería de la Sociedad, de modo que siendo niña vi todas las películas –también las prohibidas para menores, porque el patio de mi casa era lindero con el salón de cine de la Sociedad, así que con mi hermana espiábamos por las ventanas las cintas a las que no teníamos acceso–. También viví el teatro detrás de bambalinas. Los actores de las compañías ensayaban sus textos en el patio de mi casa, o sea yo veía a los actores sin pátina: “el malo” era un hombre común y la “bella dama”, una joven en pantuflas. De ese mundo estoy escribiendo ahora, viajando al origen de la imaginación y el sentido de las palabras.

(CB): En tu último libro escribes: “quería quedarme en esta ciudad, que, aunque encerrada en un muro, era un laboratorio social, artístico, diferente a todo lo que había conocido. Estaba convencida de que no había otro lugar para comprender mejor el mundo que Berlín (Occidental) [...] entre la piel de los barrios, yo veía deslizarse el futuro: mestizo, diverso, libertario” (2023, pp. 9-10). Lo escribes en 2017, ¿sigue siendo así el futuro que vislumbras desde Berlín? Uno de tus libros de crónicas habla de Berlín como ciudad mutante, ¿te parece todavía mutante?

(EA): Cuando digo Berlín a comienzos de los 80, me refiero siempre a la parte occidental, donde yo vivía, –porque todavía estaba el muro –, y percibía a la ciudad como un gran laboratorio de ideas, utopías, creatividad. El movimiento de ocupación de edificios florecía por estos años y se experimentaban nuevas formas de vida comunitaria, buscando eliminar jerarquías en lo político, social, sexual. El feminismo era parte activa de este proceso de democratización radical de la vida comunitaria. En cada sótano había propuestas musicales vanguardistas, las antiguas fábricas abandonadas se transformaron en ateliers de escultura, pintura, videos, parecía que todos iban a consagrarse como artistas. Era una ebullición casi subterránea, porque poco y nada se difundía en los grandes medios sobre esta movida. Al mismo tiempo había movimientos similares en el “otro” Berlín, en la capital de la RDA, que, por estar sometidos al control de la policía secreta, eran más profundos y radicales. Cuando la ciudad “se abre” después de la caída del muro y se producen las macro transformaciones importantes conocidas, entra en una embriaguez de re-construcción, no solo en edificaciones y autopistas, para citar dos ejemplos, sino también en la sociedad, la cultura, la política. Como remecidos por una placa tectónica, parece que nada iba a quedar en pie. El “laboratorio” como lo he vivido en su momento ya no existe como tal. Y claro que la mutación continúa: a casi 36 años de la caída del muro, Berlín sigue siendo una ciudad “abierta”, pero

aparecieron otros muros, como por ejemplo la gentrificación, que está desplazando de las zonas urbanas a los grupos más vulnerables. Y los presupuestos de apoyo a actividades culturales se están recortando cada año por la redirección del gasto hacia otras prioridades, como el armamento, algo imposible de imaginar apenas una década atrás.

(CB): Vives habitualmente en Alemania y te mueves en un contexto en alemán, pero has decidido escribir tus trabajos de ficción y de crónica en español. Mueves tu mirada entre Alemania e Hispanoamérica, creando a personajes que, en cierto sentido, se sienten siempre extraños a todos los lugares. ¿Qué privilegios y qué inconvenientes proporciona esta mirada desde la extrañeza? ¿Qué tanto miedo da? ¿Con cuáles ojos observas a Berlín y con cuáles a Argentina? ¿Desde dónde miras, habiendo nacido en un país y teniendo ya tanto desde el punto de vista existencial y emotivo en el otro?

(EA): Tengo la impresión que una no elige la lengua en la que escribe, son los personajes y las historias quienes vienen con la lengua incorporada. No creo que sea cosa de la voluntad. Y en mi caso, los personajes hacen de la “no pertenencia”, de la “extrañeza” como tú bien dices, una virtud. Son lo que les falta, y tratan de aprender a vivir con esa carencia. Hace poco leí que “el país” que más crece en este mundo es el de los refugiados. Entonces mis personajes pertenecen a ese país desmembrado, hecho de anhelos, de utopías (aunque hoy se renuncie a hablar de ellas), sin territorio ni residencia fija. Una escritura que en sí no tendría que provocar miedo, lo que angustia es la realidad que la genera. Durante años estuve atravesada por la ciudad de Berlín, que elegí para vivir, y la escribí en diferentes versiones. Le dediqué mis reportajes literarios durante tres décadas, reunidos en *Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante*. La escribí en *Berlín es un cuento*, una novela que son dos en una, como la ciudad dividida por el muro que conocí en los 80. Y desde esta ciudad intenté responder las preguntas sobre lengua, mundos y travesías que me acompañan desde que salí de mi país. Mis ensayos *La lengua de viaje* son el resultado de ese intento, y en realidad me generan más preguntas que respuestas. Viendo este camino, reconozco que mientras escribía “Berlín” para transmitir a los míos este viaje, pensaba en América Latina, en Argentina, en mi pueblo. Mi país está en todo lo que escribo.

(CB): Te he presentado como ejemplo de mestizaje, ¿estás de acuerdo con esto? “Ser parte de varios mundos me mantiene viva” dices en una entrevista. Es como tener pedacitos del corazón en varios sitios. Hay quien lo sabe manejar y quién no, evidentemente tú lo sabes hacer bien. ¿Cómo ves las políticas de integración de estos años más recientes en Europa y en América Latina? Tu literatura, sobre todo tu más reciente libro, es un llamado contra la xenofobia. Considero que leerlo en nuestras aulas europeas puede ser de gran ayuda, ¿qué opinas?

(EA): De acuerdo totalmente. Lo puro no tiene futuro, la transgresión es la mezcla, el mestizaje. “la dilapidación de la herencia, el color de la piel perturbando la gramática,

los apellidos, las declinaciones. Se manchan los códigos, las leyes, el catecismo, el comportamiento. En todo hay mácula. Penetrante mácula. La viajera trastoca el orden. La viajera es el caos. El caos es el cruce. En vano negarlo, esconderse, hacerse la distraída” (2023, p. 49) como escribí en mi ensayo “Babel y sus jardines”. Hace más de una década Edouard Glissant y Patrik Chamoiseau en su manifiesto (2007) escribieron “*Sapiens est par définition un migrant, émigrant, immigrant*”. Los años pasan, las personas siguen migrando por desplazamientos forzados, guerras, persecuciones, en la búsqueda de paz y nuevos horizontes donde reconstruirse. Aunque la imagen que aparece en los medios es otra, apenas una mínima parte de esos millones llegan a Europa. Y a excepción de Alemania, que hasta ahora y con muchísimos conflictos internos, ha intentado mantener una política de acogida, ni la Comunidad Europea ni USA se hacen cargo de los desplazamientos que sus políticas económicas –por citar solo un ejemplo– provocan en el resto del mundo. La solidaridad con los más débiles y la distribución justa de ingresos no forman parte de la agenda política. Se olvida fácilmente que las sociedades de bienestar occidentales se constituyeron después de la migración de millones de europeos hambrientos y desesperados a países de América durante los siglos XIX y XX.

(CB): ¿Me podrías explicar mejor la gestación de la novela *Berlín es un cuento*? ¿La escribes en Argentina y la terminas de Berlín?

(EA): A mediados de los 90 me traslado con esposo y mi pequeña hija a Buenos Aires. Después de veinte años de ausencia regresé a Argentina y viví con perplejidad absoluta una sociedad fascinada por las “reformas” del Estado, la iniciativa privada y la flexibilidad laboral. Exclusión social, hambre, desaparición. No sólo una generación había sido “desaparecida”, ahora desaparecían los oficios, los empleos, las industrias, los mercados en las plazas y los objetos “made in Argentina”. Este era un mundo muy diferente a Berlín. Y comencé a escribirla. Era como una especie de traducción de la ciudad donde había vivido tantos años, que había sido dos, laboratorio de múltiples revoluciones, y contrarrevoluciones también, tan alejada de los estereotipos con que se catalogaba a “lo alemán” y que había dejado marcas en la historia. Rio Reiser y Walter Benjamin, Nina Hagen y Mackie Messer, los alternativos y el movimiento de ocupantes de casas, Rudi Duschke y Rosa Luxemburgo. El “cuento” berlinés se fue definiendo a través de los años, –soy muy lenta para soltar lo que escribo– y cuando retorné a la ciudad en 2003 fue tan grande, otra vez, mi asombro frente a los cambios, que en poco tiempo tuve la novela concluida. Personajes a la búsqueda de la creatividad y el amor en la sobrevivencia, intentan crear un mundo que se les escapa de las manos. Y los transforma en lo que quizá jamás imaginaron ser. Este es el marco para los estilos diferentes en las dos novelas que componen el “cuento” berlinés: el uno, como el reportaje de lo vivido día a día, el otro, en un lenguaje que imita intencionalmente la gran novela “río” que se espera siempre de alguien “exótico”.

(CB): Dices que en Berlín te hiciste escritora, pero ya habías escrito, y mucho, estando en Perú, ¿me puedes explicar mejor?

(EA): En el Perú me hice periodista, y publiqué mi primer libro sobre la situación de las mujeres. En Berlín, mi intención era hacer un doctorado en el Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín bajo la dirección del profesor argentino Alejandro Losada, residir tres años como máximo en la ciudad, y luego retornar de una vez a la Argentina que había dejado por tres meses en 1975, poco antes del golpe que entronizó la dictadura cívico-militar por siete años. Alejandro me ayudó a formular el corpus de mi doctorado, con el título “Feminismo y literatura testimonial en América Latina: Elena Poniatowska y *Hasta no verte Jesús mío*”. A principios de los 80 Berlín estaba partida en dos, en Berlín Occidental vivía una minoría latinoamericana conformada mayormente por el exilio chileno y argentino, las latinas éramos exóticas y el idioma español algo lejano, ignorado, inconcebible, etc. Hay que imaginarse entonces lo que significaba que alguien insistiese escribir en español en esta ciudad. Y es lo que yo decido hacer cuando mi mentor y profesor Losada viaja en 1984 a La Habana y saliendo de Cuba, el avión se estrella a poco de despegar. En medio de la catástrofe –sin beca, sin profesor, sin futuro– decido publicar las ficciones guardadas en el cajón y ser escritora. En español y en Alemania. “Una culebra en el Polo Norte, pero escribiendo” como desafiaba Bolaño en su inolvidable “Mi carrera literaria”.

(CB): La lengua es un modo de ser, ¿estás de acuerdo con esta afirmación? ¿A ti también te ocurre que cambias ciertas maneras de ser según la lengua que hablas? Y no me refiero solo a registros y códigos sino también a aspectos más personales, íntimos. Por ejemplo, considero que con frecuencia ocurre que viviendo en el extranjero se traban amistades muy importantes con personas con las que en el país de origen no se tendría ningún tipo de contacto, ¿estás de acuerdo con eso? ¿En el extranjero saltan ciertas sobreestructuras? Marisa Pereyra, en un interesante artículo sobre tu más reciente novela, dice que los migrantes tienen tantas identidades como lugares y lenguas habitadas (Pereyra, pp. 75-76), ¿estás de acuerdo con esta afirmación? Hablas del privilegio de vivir en otra lengua, ¿podrías decirnos algo más sobre esto?

(EA): “Vivir en otra lengua es la experiencia de la literatura moderna”, escribe Ricardo Piglia, el narrador y ensayista argentino al analizar el impacto de la obra del polaco Witold Grombrowicz en la literatura argentina contemporánea. Y lo mismo puedo decir de la obra de Flora Tristán, la peruana-francesa que a mi entender funda la literatura moderna en Perú en el siglo XIX con su libro *Peregrinaciones de una paria* escrito en francés. Así la literatura argentina estaría atravesada por la novela polaca y la literatura peruana por la crónica de viajes en francés. Símbolos en realidad de literaturas y narraciones de países donde la lengua “oficial” domina sobre un territorio mientras que en el subsuelo subyacen otras lenguas: las de los pueblos originarios, las de la inmigración, las de viajeros y viajeras que enriquecieron el continente con sus miradas. Observando Europa y específicamente Alemania, la poesía está descubriendo en los numerosos dialectos una

riqueza experimental, expresiva y sonora más allá de la lengua “cultura”. ¿Y las lenguas “de viaje”? Solo en Berlín se escribe en más de 60 lenguas, son los sonidos de la migración que se expanden en la narrativa y la lírica que se escribe en la ciudad, y aunque por ahora son un río subterráneo que de vez en cuando aflora por aquí y por allá, puedo imaginarme que sus sonidos están tatuando de alguna manera la lengua local. Es ciertamente un privilegio y también un desafío enorme vivir en medio de esta sinfonía de voces y silencios, y un aprendizaje más que riguroso sobre las diferentes miradas que constituyen las palabras.

(CB): ¿A qué lengua pertenece tu corazón?

(EA): ¿Será la lengua del “otro” la que escucha mi corazón y le responde? En el origen, la de mi madre; en el camino, la de las personas con quienes me une un deseo; con mi hija, las conocidas y las ignoradas; con mis plantas, las que ellas me inspiran; con mi siamesa la que solo ella sabe....

(CB): Y, por último, otra faceta tuya fundamental: tu pertenencia al feminismo. En varias ocasiones has declarado y escrito que en Perú te hiciste feminista. Allí conociste la solidaridad y viviste una importante experiencia de sororidad que sigue viva hasta hoy. ¿En Argentina no tenías contactos con ese mundo? ¿Cómo ves el feminismo hoy en América Latina, en Berlín, en Europa? ¿Cómo interpretas la fragmentación dentro de un movimiento y unas reivindicaciones tan importantes?

(EA): En Lima, a fines de 1975, en la redacción del Diario *Última Hora* adonde había ido a pedir trabajo, conocí a Ana María Portugal, que no solo era poeta y redactora del diario, sino también feminista. Yo venía de Argentina, específicamente de la ciudad de Rosario, donde mi militancia política de entonces hablaba de contradicción principal y secundaria, y *El Estado y la revolución* era lectura obligada, aunque durante los meses de mi primer embarazo me las arreglé para leer *El segundo Sexo*. Hasta ahí llegaba mi conciencia de mujer. Ana María me habló de Acción para la Liberación de la Mujer Peruana –Alimuper– el primer grupo feminista del Perú. Era una decena de mujeres de sectores medios dispuestas a cambiar el mundo, la educación, las leyes, la salud, la imagen de la mujer en los medios...¡No había tema al que no se le animaran! Ella me presentó al grupo y ahí me quedé. Fue una experiencia fundante, decisiva. Si la militancia política anterior me había dado una referencia frente al mundo y a la sociedad, el feminismo me iluminó la vida desde mi propio cuerpo. Desde entonces abracé otras lecturas, otras utopías, otros caminos.

De la amistad con Ana María nació *Ser Mujer en el Perú*, un libro que recoge testimonios de mujeres de diferentes generaciones y sectores sociales, incluso una vice-ministra, el cargo político más alto alcanzado por una mujer en el Perú en los 70s. Nos animaba la idea de confirmar a través del testimonio que “una no nace mujer, se llega a serlo” como había escrito ya la gran Simone de Beauvoir. Con ese espíritu optimista y promisorio llegué a (West) Berlín. Mi primer recuerdo es de la revista *Courage*: yo había estado en

Roma, en una movilización de feministas ya no recuerdo por qué causa, hice fotos, y se publicaron en la revista. La sororidad que me marcó en Lima me iba a acompañar también en Berlín en experiencias de la vida concreta. Comencé a escribir *features* sobre literatura producida por mujeres, o las mujeres del tango, o sobre el movimiento de mujeres en América Latina, entre otros, y sentía que el feminismo me sustentaba. Quiero decir que en las radios adonde llegué, siempre encontré el tejido solidario de las mujeres: las técnicas, redactoras, periodistas, free lance, etc, me cuidaban. Fue una red muy concreta que me apoyó y me hizo sentir en casa. Durante mi residencia en Argentina en los 90, bailando sobre una crisis soterrada que iba a estallar en 2001, todo era ebullición y efervescencia: un gran deseo “por hacer” reunía a escritoras, artistas plásticas, músicas. En 1999 seis escritoras fundamos Sudestada, –Asociación de Escritoras de Buenos Aires–, con el propósito de visibilizar la literatura de las mujeres: la crítica y directora de *feminaria* Lea Fletcher, las poetas Hilda Rais y María del Carmen Colombo, las narradoras Mirta Botta, Gloria Pampillo y yo. El 7, 8, 9 y 10 de marzo de 2000 Sudestada organizó el Encuentro Nacional de Escritoras bajo el lema “Con esta boca en este mundo”, un verso de la poeta argentina Olga Orozco, con la presencia de más de 160 escritoras de todo el país. En 1998 estuve junto a un puñado de militantes en una de los primeros actos por la legalización del aborto en la plaza Houssay, frente a la Facultad de Medicina en Buenos Aires. Faltaba todavía más de una década para que las movilizaciones gigantescas de #ni unamenos atravesaran el continente y veinte años más para que *la marea verde* obtenga finalmente la legalización de la interrupción del embarazo en Argentina. Los desafíos de hoy en un mundo atravesado por guerras cada vez más peligrosas, con la creciente derechización y el estallido de los paradigmas que sustentaron las sociedades hasta principios principios del milenio, son enormes para el movimiento de mujeres. Sin embargo, la historia de las luchas feministas muestra una travesía tal de catástrofes y reconstrucciones que me permito la esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRADI, Esther (2009): *Berlín es un cuento*, Alción.
- ANDRADI, Esther (2015): *Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante*, La Mirada Malva.
- ANDRADI, Esther (2023): *La lengua de viaje. Ensayos fronterizos y otros textos en tránsito*.
- PEREYRA, Marisa (2016): Berlín es un cuento. La escritura y la lengua como idearios utópicos, *Hispanic Journal*. 1, 67-80.